

Raza e imaginación política de futuro en la Argentina posliberal.

Una exploración de
Una nueva Argentina, de
Alejandro Bunge (1940)

Race and political imagination of the future in post-liberal Argentina.

An exploration of Alejandro
Bunge's *A New Argentina*
(1940)

Ezequiel Gatto*

LICH/CONICET

 <https://orcid.org/0000-0002-7630-9499>

DOI: <https://doi.org/10.15648/cl.36.2022.3850>

* Investigador Asistente (LICH/CONICET). Profesor de Sociología de la Cultura y el Arte, carrera de Gestión Cultural, Universidad Nacional de Rosario. Licenciado en Historia (UNR). Traductor y coordinador de talleres. Dr. en Ciencias Sociales (UBA). Participa en la editorial Tinta Limón. Colabora y articula con diversos proyectos políticos y culturales. Ha publicado artículos en revistas académicas y periódicos y tres libros: *Nuevo activismo negro. Lecturas y estrategias contra el racismo en Estados Unidos* (2016), compilador; *Redondos. A quién le importa. Biografía política de Patricio Rey* (2013), en coautoría con Ignacio Gago y Agustín Valle y *Futuridades. Ensayos sobre política posutópica* (2018). E-mail: ezequiel.gatto@gmail.com



Recibido: 25 abril 2022 * Aceptado: 27 octubre 2022 * Publicado: 22 noviembre 2023

¿Cómo citar este texto?

Gatto, E. (jul.-dic., 2022). Raza e imaginación política de futuro en la Argentina posliberal. Una exploración de *Una nueva Argentina*, de Alejandro Bunge (1940). *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, (36), 77-107. Doi: <https://doi.org/10.15648/cl.36.2022.3850>

Resumen

Este artículo investiga la relación entre categorías raciales y horizontes de futuro en *Una nueva Argentina* (1940), de Alejandro Bunge, obra sociológica y político-programática que utilizó variables económicas, demográficas y sociales en función de expectativas, pronósticos y visiones sobre el futuro del país. A diferencia de otros artículos, se sostiene que la propuesta de Bunge era intrínsecamente racista. Explorar la articulación entre raza (blanca) y futuro en *Una nueva Argentina* permite detectar el valor del racismo en discursos políticos y económicos, como el nacionalismo industrializador, posibilitando comprender la coproducción de discursos racializantes y orientaciones a futuro en la Argentina posliberal.

Palabras clave: Alejandro Bunge, *Una nueva Argentina*, racializaciones, futurizaciones, crisis del modelo agroexportador, Estado posliberal

Abstract

This article investigates the relationship between racial categories and future horizons in Alejandro Bunge's *Una Nueva Argentina* (1940), a sociological and political-programmatic work that used economic, demographic and social variables as a function of expectations, forecasts and visions about the future of the country. Unlike other articles, it is argued that Bunge's proposal was intrinsically racist. Exploring the articulation between (white) race and future in *Una Nueva Argentina* allows us to detect the value of racism in political and economic discourses, such as industrializing nationalism, making it possible to understand the co-production of racializing discourses and future orientations in post-liberal Argentina.

Keywords: Alejandro Bunge, *A New Argentina*, racialization, futurization, agro-export model, postliberal State

El análisis de la experiencia moderna requiere considerar las formas y las prácticas de estatalización emergidas a partir del siglo XVI (Foucault, 2014a; 2014b); las empresas coloniales europeas de conquista y dominio (Quijano, 2014; Todorov, 1982; Said, 2009); la consolidación de sistemas económicos de mercados capitalistas con regulación estatal y reorganización de las capacidades productivas y sociales (Polanyi, 2007); la aceleración de la invención tecnológica bajo nuevos paradigmas, cualidades y riesgos (Burnham, 2009); y un conjunto de saberes cuya denominación común podría ser la de “lo humano como figura epistémica”¹. También es necesario considerar la relevancia que el futuro —en tanto dimensión de la experiencia, categoría y problema— tuvo en la constitución de aquellos elementos y, por ende, en la configuración de la modernidad.

Para el historiador Reinhart Koselleck (1993), los cambios acaecidos durante el Renacimiento, la Reforma luterana y la conquista de América, así como las transformaciones socioeconómicas, científico-tecnológicas y políticas posteriores, socavaron, a diversas velocidades, las estructuras de repetición social que habían ordenado la experiencia —europea— y desarmando las garantías teológicas, proféticas y apocalípticas que habían caracterizado tanto al cristianismo como su vínculo con el futuro. En un mundo social dotado de formas temporales secularizadas —no exclusivas— hubo esfuerzos por enunciar leyes, sentidos particulares y universales, calcular posibilidades, elaborar pronósticos y proponer destinos, con el deseo de generar orientaciones utilizables en el presente humano (Koselleck, 2003).

La profecía religiosa, cuya consumación anulaba el tiempo (Cohn, 2019), dejó lugar a las filosofías de la historia, los programas político-sociales, las estadísticas y pronósticos que buscaban comprender e intervenir sobre un tiempo que ya no tenía un final, sino sentidos, orientaciones y tendencias que, en sus versiones extremas, postulaban la extinción de la especie humana (Moynihan, 2020). Entre el sentido de la historia y la desaparición —sin fuga celestial— de la humanidad oscilaron una infinidad de elaboraciones teóricas, sociológicas, políticas.

Para Koselleck (1993) y sus continuadores —entre ellos Hölscher (2014), Hartog (2007), Dosse (2004) y Wasserman (2020)—, la Modernidad fue la experimentación del tiempo como nuevo y abierto, convirtiendo al futuro en un desafío cada vez más vasto e incierto. Desde el siglo XVIII, categorías como “progreso”, “revolución”, “cambio”, “historia”, “decadencia”—a

¹ Agradezco esta sugerencia al Dr. Pablo Rodríguez, quien me la ofreció en una comunicación personal.

las que podrían agregarse otras no explícitamente referidas al tiempo como “naturaleza”, “sociedad”, “política”, “poder”, “cultura”, “clase”, “nación”, “industria” y “raza”. Sobre esta última me centraré—, consolidaron unos discursos e imágenes de futuro que ya no se apuntalaban en la repetición de las experiencias vividas, sino que se perfilaban a partir de un horizonte de expectativas abierto. Su condición era existir en un tiempo de cambios (Polak, 1973).

Desde un punto de vista histórico-semántico, es posible considerar estas nociones recurriendo a la categoría de enclave propuesta por Frederic Jameson (2009), entendida como una herramienta metodológica que permite delimitar las futurizaciones como narrativas modernas de desaceleración y sustracción de las dinámicas cambiantes de la Modernidad. Una suerte de válvula, pero también un artefacto reorganizador de las situaciones, en la medida en que “hacer una predicción modifica las condiciones mismas de lo predicho” (Moynihan, 2020, p.26). Por ello, los *enclaves* no serían representaciones sino más bien insumos estratégicos que permiten comprender el valor de experiencia y de figuración del *Futuro*, fundamental para el análisis de los últimos cinco siglos de historia.

Una definición de racialización

El horizonte de expectativas configurado como futuro fue decisivo como vector de temporalización sobre el cual se figuraron proyectos y saberes políticos, económicos, científicos y sociales, alimentando diversas narrativas modernas. En un proceso de coproducción emergieron las condiciones de una nueva temporalidad social y los objetos que aquella volvió posible. La emergencia del futuro, la de hombre europeo moderno y la de hombre no europeo —o, incluso, no hombre por no europeo— fueron simultáneas y necesarias para los otros procesos modernos mencionados. Tal como afirmó Frantz Fanon (2009), no había blancos ni negros antes de la relación que los produjo como términos de ese mismo vínculo. Por tal motivo, la temporalidad que constituye esa relación tampoco es precedente. En esta línea es posible entender la definición de racialización propuesta por Alejandro Campos García (2012), quien la explicó como:

categorías creadas por y no pre-existentes a la relación entre grupos en desequilibrio (...) No existen grupos raciales *per se*, sino solamente grupos socialmente racializados como resultado de prácticas, doctrinas y voluntaristas producciones de saber. Estas, ya sea por dolo, inocencia o por el

arbitrario acto de establecer diferenciaciones fijas, producen tipologías más o menos duraderas, más o menos consensuadas, que homogeneizan a los grupos considerados similares, mientras que heterogenizan a aquellos a los que se les considera distintos. (p. 198)

Pensar en los procesos de racialización permite saldar el debate sobre la existencia biológica de las razas, focalizándose en la producción social de diferenciaciones en función de aspectos fisonómicos y/o morales –que son producto de discursos y tramas históricas definidas–. La racialización se diferencia también de la etnicización de lo racial, al no considerar la cultura como una propiedad étnica intrínseca, identificable y transparente, sino como una mediación para la invención, el intercambio y el conflicto entre estructuras y agentes de los que emergen, una y otra vez, nuevas prácticas racializantes y significaciones racializadas (Hall, 2020).

Que las razas no existan como entidades presociales y que aun así tengan efectos sociales es justamente lo que la noción de racialización intenta comprender. Asimismo, la categoría permite pensar el proceso por el cual las posiciones racializadas son producidas, y no solo estudiar esas posiciones como dadas –un abordaje propio del estudio de las “relaciones raciales” (Winant and Omi, 2015, p.12) –. Ni siquiera el más “evidente” rasgo diferencial entre seres humanos está por fuera o precede a la trama discursiva en la que emerge. El color de piel, el fenotipo, la sangre y cualquier otro aspecto que da la impresión de ser dado inmediatamente, son significaciones. De allí la pertinencia de la pregunta de Peter Wade (2002): “¿Por qué aspectos específicos vienen a significar lo racial: variaciones particulares en el color de piel en lugar de en la altura, tipos particulares de cabello en lugar del color de ojos, rasgos faciales específicos en lugar de la musculatura?” (p. 8)

Esta interrogación no supone que lo material sea un plano indiferenciado sobre el que la cultura o el lenguaje instalan su malla diferenciadora, sino que la diferencia lingüística funciona como una integración no sintética, específica, y por definición inclausurable, de materialidades diferenciadas (Simondon, 2009). En otros términos, la marcación del cuerpo –en tanto “significante de la diferencia” (Hall, 2020, p. 63)– existe como posibilidad, pero no es autoevidente, por lo que es necesaria una operación de significación social que la perciba e inscriba en un determinado orden de diferencias. Sobre esa posibilidad se producen, fenomenológicamente, las condiciones para una evidencia, la propia evidencia y los juicios de valor sobre la evidencia.

Los procesos de racialización son discursos, en el sentido que planteó Stuart Hall (2020) de una “visión general de la conducta humana, siempre cargada de significado” (p. 45), aunque también en el sentido foucaultiano de exceder la representación inmediata de lo racial para impregnar epistémicamente toda una cadena de saberes, prácticas, instituciones y dispositivos. Se trata de un sistema de significados que no se limita a describir cierto objeto, sino que lo fabrica en tanto realidad sobre la que es posible hacer recaer prescripciones, y que no solo no está exento de ambigüedades, sino que se nutre de ellas (Stoler, 1995). De acuerdo con Hall (2020), las relaciones de poder racializadas:

dependen de las formas en las que el enorme espectro de diferencias (aparentemente distribuidas al azar) que existe en el mundo material se construye en un sistema de diferencias en el lenguaje y por lo tanto adquiere significación, constituyendo un sistema inteligible para la comprensión humana, el conocimiento y la práctica cotidiana. (p. 57)

Teniendo presente esa combinación entre marcaciones, diferencias, jerarquías, conocimiento y poder, puede decirse que racializar es un modo de gobernar lo posible en función de marcaciones corporales —externas o internas— cuya producción y valoración se produce en un juego entre la fijación y la modulación. De allí su persistencia y su variabilidad relativa: procesos interminables que hacen que toda identidad racial sea un proceso permanente de identificación racializada. Por la vía del cuerpo-marcado o del sujeto moral, estos discursos apuntan a “la gubernamentalización de la existencia de las poblaciones racializadas” (Arias y Restrepo, 2010, p. 48) y a modular los cambios que se producen. En este sentido, racializar es, más que fijar, un modo de gobernar continuidades, cambios y posibilidades sociales. Esta variabilidad es significativa en *Una nueva Argentina* (1987), de Alejandro Bunge.

Racializaciones y futurizaciones

Si las racializaciones son procesos que se constituyen en el campo de las relaciones de fuerza, y condicionan las posibilidades de los agentes sociales a través de una diversidad de acciones e imágenes —es decir, produciendo a la raza como componente y valor de futurización (Gatto, 2018, p.26)—, entonces se puede afirmar que los vínculos modernos con el futuro están marcados por dichos procesos de racialización. Este postulado sirve como clave de análisis del mundo europeo/occidental: para comprender el futuro en su acepción moderna es necesario analizar qué función cumplieron los procesos de racialización.

El hombre del Humanismo es una categoría, una figura epistémica, en la que se forjaron la blanquitud, la no-blanquitud, así como los postulados sobre el futuro y el futuro que Europa le supuso al resto del mundo (Whitten, 2007). Existe una intimidad ontológico-epistémica entre las racializaciones y la noción de futuro en la Modernidad. Los procesos de racialización y los racismos serían maneras de propiciar, inducir y normalizar cambios culturales y sociales. Esta orientación hacia adelante hace que aquellos tengan profundo impacto sobre las temporalidades sociales. En términos de Homi Bhabha (2002), la diferenciación racial es también una operación de temporalización histórica y se la puede pensar como un modo de vinculación con el futuro y una modalidad del gobierno de lo posible.

En cuanto a los procesos de racialización, el antropólogo André Leroi-Gourhan (1988) sostuvo sobre la historia de la técnica que “las orientaciones hacia el porvenir son más significativas que el pasado común a la hora de mantener unidos a los grupos humanos” (p. 46). La dominación racial es, de manera simultánea, una amalgama, una estrategia y un proyecto de mundo. Como tal debe incluir una serie de hipótesis, pronósticos, proyecciones y expectativas que pueden asumir diferentes fisonomías: una utopía racista, un diagnóstico racializado del devenir u operaciones más locales y puntuales, ensambladas con otras ideas que no funcionan –al menos no unívocamente– como discursos racistas. Es decir, una futurización racial cumple diferentes funciones –totalizantes como una utopía, fragmentaria como una política específica–. En los procesos de racialización, los signos del cuerpo se vuelven Destino o Tendencia, resoluciones en el porvenir.

Los discursos de la raza como figuras de anticipación, la filosofía racista de la historia como pronóstico catastrófico, la ideología del progreso como vanguardismo racial, y la intimidad entre futurizaciones capitalistas y futurizaciones raciales sirven para ilustrar que una dimensión clave de los procesos de racialización implica orientaciones a futuro para una población, al punto que dicha población se define en gran medida por esa orientación. Numerosos trabajos coinciden en mostrar que sin ese elemento social de expectativas sobre las posibilidades propias y ajenas, dominantes o subordinadas, no hay racializaciones –entre ellos Arias y Restrepo (2010), Bhabha (2002), Haraway (1995), Robinson (2000) y Wade (2002)–. Y esas posibilidades no se definen en otro lado que no sea el de la propia relación racializada.

En ese sentido, las expectativas sobre el sí mismo y, por tanto, una dimensión clave del sí mismo, se define en la racialización de las posibilidades propias y ajenas. En el siglo XVII, Spinoza afirmó: “No sabemos lo que puede un

cuerpo” (2000, p.97). Los de racialización parecen tomar otro camino, el de afirmar qué pueden y qué no pueden ciertos cuerpos. Ese es un núcleo estratégico de una política racializada y racista. Incluso las propiedades del cuerpo se definen en relación con las posibilidades de los otros cuerpos.

Al tiempo que los procesos de racialización y sus futurizaciones —como principio de funcionamiento— han operado en una escala geográfica, social e histórica amplia, también constituyen operaciones situadas, las cuales:

son resultado de diálogos e influencias que las élites han sostenido con categorías raciales que circulan globalmente, pero no son sus simples ni mecánicas reproducciones en lo local, sino más bien reelaboraciones y apropiaciones que operan en contextos concretos y con significados e implicaciones específicas. (Arias y Restrepo, 2010, p. 17)

De aquí en adelante se presenta el análisis de una de esas operaciones locales de articulación entre raza y futuro, con base en el estudio del libro *Una nueva Argentina* (1987), de Alejandro Bunge.

Una biografía de Alejandro Bunge y un panorama de las investigaciones que lo analizan

Los Bunge habían llegado como comerciantes a Buenos Aires desde Alemania en las primeras décadas del siglo XIX. Luego, un sector de la familia se dedicó al negocio rural y otro a las profesiones liberales, la docencia y la administración estatal. Raimundo Octavio Bunge Peña, padre de Alejandro, inició esta segunda orientación de la familia, disparando un tipo de modernización burguesa diversa a la terrateniente. Hijo de María Luisa Rufina de Arteaga Sánchez, cuya familia se remontaba a la colonia, y Raimundo, Alejandro nació en 1880. Tuvo ocho hermanos. Como afirmó García Haymes (2011):

si el sector más acaudalado de las clases altas respondió al aluvión inmigratorio, a la movilidad social y al cuestionamiento de las jerarquías tradicionales con hábitos aristocráticos y un estilo de vida ostentoso, otro sector, menos rico, si bien no fue del todo ajeno a esta aristocratización, reaccionó incorporando algunas pautas propias de un orden social más moderno, como la valoración del desarrollo profesional e intelectual y la meritocracia. (p. 3)

Aunque inscriptos en las redes de la clase terrateniente de Buenos Aires, los Bunge Arteaga eran singulares en términos de estrategias y disposiciones, pues en su casa “el desarrollo profesional era más valorado que la prosperidad económica” (García Haymes, 2011, p. 27). O, mejor dicho, ese crecimiento económico debía ser del colectivo antes que individual. Motivo por el cual en la familia Bunge “no parecían demasiado preocupados por consumir bienes de lujo como forma de distinción” (p. 23); no los atraía la ostentación, sino los desafíos políticos, profesionales y productivos.

Alejandro Bunge comenzó su educación escolar en Colegio El Salvador, de Buenos Aires. El catolicismo desbordó su experiencia escolar: a lo largo de su vida se involucró en diferentes iniciativas del catolicismo social, entre ellas se destaca su cargo como director de los Círculos de Obreros Católicos. La búsqueda de salidas católicas a la cuestión social se debía a su formación y, en parte, a su oposición al socialismo, al que conoció de primera mano porque Augusto –su hermano mayor– participó en la fundación del periódico *La Vanguardia*, en 1893, y del Partido Socialista, en 1896. Alejandro parece haber combatido al socialismo al afiliarse a la Liga Patriótica, que le suponía la tarea de “mantener el espíritu nacionalista sano y puro” (Rozengardt, 2013). Quizá como consecuencia de haber estudiado Ingeniería en Alemania en un momento de intensa articulación entre cuestiones industriales y de organización, fue lector de las teorías económicas del historicista alemán Frederich List, quien promovía un rol conductor de la economía nacional por parte del Estado (Araya, 2016).

Entre los cargos que ocupó Bunge se pueden destacar el de Director General de Estadísticas, docente en la Facultad de Ciencias Económicas de Buenos Aires y en la Facultad de Derecho de La Plata, miembro de la Academia Nacional de Ciencias Económicas, asesor ministerial, ministro en provincias, presidente de Phillips Argentina, Industria Argentina del Papel, El Cóndor y Seguros La Estrella y fundador y director de la *Revista de Economía Argentina (REA)*, una publicación importante para el pensamiento económico argentino, en la publicó más de 250 artículos entre 1918 –año de fundación de la revista– y 1943 –año de su fallecimiento– (Bacolla, 2020).

En materia de cargos políticos, Bunge fue nombrado director del Banco Nación en 1931 y, un año más tarde, vicepresidente de la Caja de Conversión. Cuando Agustín P. Justo asumió el gobierno (1932-1938), Bunge fue apartado de la política partidaria por su cercanía al gobierno militar de Uriburu, durante el cual había sido ministro de Hacienda e interventor de las provincias de Santa Fe: Mendoza y Corrientes. En paralelo, continuó

asesorando a la Unión Industrial Argentina (UIA), inclusive fue orador en actos que dicha corporación empresarial llevó a cabo para reclamar políticas sectoriales (Hora, 2020).

Existe una importante cantidad de artículos, libros e investigaciones dedicadas –de forma exclusiva o parcial– a Alejandro Bunge. En ese conjunto es posible identificar diferentes inquietudes y acercamientos. Algunos de esos trabajos son de corte biográfico y describen sus ideas a partir de su coyuntura familiar y social (García Haymes, 2011). Otros presentan su biografía académica, indicando los núcleos principales de sus ideas y disposiciones político-intelectuales (de Imaz, 1974). Entre ellos también se muestra interés en la producción académica y la práctica política de Bunge (González Bollo, 2012) o prestan atención al contexto de formación del campo de los economistas argentinos y los saberes expertos (Caravaca, 2005; Caravaca y Plotkin, 2007; Pantaleón, 2004; Llach, 2004). Otros se han interesado en las ideas económicas de Bunge, particularmente en sus posiciones industrialistas favorables a una mayor intervención estatal en la economía nacional, que suelen leerse como anticipatorias de la consolidación del modelo de sustitución de importaciones durante el peronismo (Adamovsky, 2013; Asiain, 2014; Rozengardt, 2013).

Dichos estudios se dividen entre los que mencionan los tópicos raciales y aquellos que no los abordan. Entre los primeros hay artículos que señalan este tema de manera tangencial y lo interpretan en términos de “clima de época” (Villanueva, 2010, p.26). En el caso de José Luis de Imaz (1974) se identifica el intento de medir la importancia de Bunge como sociólogo argentino, pues indicó la presencia e importancia de los elementos racistas en su obra. No obstante, recurrió a la metáfora de la “atmósfera de época” y a la constatación de no haber encontrado “nada de Spencer” en la biblioteca del sociólogo para matizar la significación del discurso racista y racializante de Bunge². Por su parte, Rozengardt (2013) señaló que Bunge “sostenía la superioridad de la raza europea” e “hizo gala de un notorio etnocentrismo” (p. 8), dejando así abierta la posibilidad explorar las consecuencias de dicha disposición.

El artículo de Pantaleón (2004) es el trabajo que presta mayor atención a los efectos del racismo de Bunge, con lo que busca dejar asentada la importancia del autor en la estructuración del campo de la economía argentina en la primera mitad del siglo XX. Es interesante la indicación de Pantaleón –que

² Esta ausencia de Spencer se refuta –al menos parcialmente– con las menciones al autor en *Una nueva Argentina* (Bunge, 1987, pp. 37-38). Y aún si la biblioteca de Alejandro Bunge hubiera carecido de las obras del inglés, esto pudo haber sido compensado con la presencia de obras de Spencer en la biblioteca y los trabajos de su hermano, Carlos Octavio Bunge, cinco años mayor que él y autor de *Nuestra América: ensayos de psicología social* (1994) y *Nuestra Patria* (1910).

también se encuentra en Rozengardt (2013)– del olvido posterior de Bunge como economista y funcionario –no así de sus legados institucionales y metodológicos, que se continuaron en las décadas siguientes–. Podría especularse que dicho olvido es efecto de la matriz argumental y la retórica racista de Bunge, que el genocidio nazi y una serie de desplazamientos científicos, teóricos y legales volvieron imposible en el campo de las ciencias sociales.

Más allá de la vigencia de las ideas económicas de Bunge y sus trayectorias institucionales, la lectura de *Una nueva Argentina* (1987) permite profundizar en la interpretación de su racismo. La hipótesis de lo que resta de este artículo es que los procesos de racialización estaban en el núcleo de las posiciones políticas, económicas y sociológicas de Bunge, por lo que nutrieron sus paradigmas; por ello, aplican como aspecto epistemológico en la medida en que “la interacción entre la representación de la diferencia, la producción de conocimiento y la inscripción del poder en el cuerpo es una relación límite que resulta crítica para la producción de la raza” (Hall, 2020). Lo racial no es anecdótico, ocasional, externo o un clima, sino que hace al sistema de las afirmaciones –y sus límites– de Bunge, a la materia conceptual de sus ideas, a la fisonomía de su programa y a la estructura de sus soluciones propuestas. Las futurizaciones de Bunge son impensables sin sus nociones racistas, las cuales, a su vez, solo adquieren sentido a la luz de tales futurizaciones.

Bunge y la crisis del proyecto blanco en Argentina: éxito económico, crisis demográfica

“Hemos entrado ya, inevitablemente,
en la zona potencial de la despoblación”

Alejandro Bunge. *Una nueva Argentina* (1987)

Como indica su título, *Una nueva Argentina* –publicado en 1940 por la editorial porteña Guillermo Kraft– buscaba ser fundacional. Las 500 páginas componen un libro que participa de los textos que han propuesto modelos de sociedad. En este caso, se trata de un programa, consistente en un diagnóstico y una orientación (Martínez, 2019). Resultado de cuarenta años de investigación sociodemográfica y estadística de las condiciones económico-sociales argentinas³–, *Una nueva Argentina* era una delimitación de problemas -sus causas y sus agentes-, una alerta sobre riesgos, un sopesamiento de las posibilidades y una imagen de solución.

³ En los años previos a la edición de *Una nueva Argentina* se identifican artículos de Bunge que prefiguran el libro: “Un privilegio argentino que tiende a desaparecer. Decrece el aumento anual de la población” (1934), “El drama demográfico de un país joven” (1938) y “Nuestra inesperada y prematura madurez” (1939).

A diferencia de Domingo Sarmiento en su ensayo *Conflicto y armonía de las razas en América Latina* (1883), Bunge no se propuso escribir la historia de las relaciones raciales: no dio detalles de la conquista blanca; en lugar de eso, hizo sociología estadística, construyó series demográficas y económicas que le ayudaran a la interpretación de realidades sociales. Pero esa sociología está signada por las relaciones raciales.

Una nueva Argentina acabó siendo un testamento programático: Alejandro Bunge murió tres años después de su publicación. Y un balance histórico: en 1940, la máxima alberdiana —“Gobernar es poblar” —, ya había expresado sus consecuencias. Bunge había visto su realización y esplendor. “Esplendor y decadencia de la raza blanca” es el nombre del capítulo inicial de *Una Nueva Argentina*, el más extenso del libro. Esplendor de la Argentina como consecuencia positiva del proyecto europeo, del proyecto blanco. En esas primeras páginas, Bunge (1987) celebraba el pasado reciente: “La gran Argentina de hoy y toda América son el fruto de esa conquista [blanca] del espacio. Y participaron en gran medida del portentoso crecimiento natural de la raza blanca...” (Bunge 1987, p. 31). En efecto, Argentina era resultado parcial de un fenómeno más amplio, el de un conjunto de líderes que “crearon un instrumental formidable dominando a la naturaleza y extrayendo de ella, en variedad y cantidad, recursos con los cuales jamás se hubiera podido soñar en siglos anteriores” (Bunge 1987, p. 48). El “crecimiento natural de la raza blanca” (Bunge 1987, p. 50) había sido posible por aquel dominio, extracción y uso de recursos. La reproducción biológica era el punto de contacto entre la performance económica, el proyecto civilizatorio y la actividad de la raza. En un proceso de varios siglos, la raza blanca, “la población de sangre europea” (Bunge 1987, p. 56), forjó y se forjó a través de su ciencia, su técnica, su producción, su educación, su comunicación. Ahora disfrutaba de la abundancia. Para Bunge, la blanquitud era una fuerza productiva. Estas descripciones y valoraciones de la cuestión racial se enraizaban profundamente en su diagnóstico, pronósticos y propuestas.

A finales de los años 30,⁴ lo que le importaba a Bunge era precisar tendencias —que eran riesgos y posibilidades— leyendo el futuro en los datos recolectados. Tal como sostuvo Foucault (2014b), la demografía —en tanto conocimiento articulado a la probabilística y la gestión poblacional en función de criterios biológicos y sexuales— fue un saber fundamental en los discursos racistas y racializantes que dieron entidad a la investigación sociológica. Los ecos de esos discursos se oían en los diagnósticos, los temores y las

⁴ Esta periodización supone que, editado en 1940, el libro llevó a Bunge algunos años de redacción.

propuestas de Bunge, y creaban una atmósfera predictiva y prospectiva, al articular una filosofía racista de la historia con una sociología racista antimalthusiana del devenir argentino. Mientras el prólogo tiene una fecha muy significativa para su temática –12 de octubre de 1940–, los cuadros estadísticos que integran el libro permiten a Bunge mostrar lo que veía, o preveía: menos argentinos, más viejos, más urbanizados y menos blancos.

En la década de 1930, el país estaba marcado por “cambios fundamentales ocurridos en nuestras tendencias demográficas, en particular la de natalidad, la transformación racial y la población rural y urbana” (Bunge, 1987, p. 13), que anunciaban el peor escenario futuro: la desblanquización del país.⁵ *Una nueva Argentina* fue escrito como instrumento para impedir ese fenómeno, a partir de la convicción de que, siendo imposible volver atrás, era necesario imaginar futuros nuevos.

De espaldas al esplendor, el libro está escrito sobre la hipótesis de estar viviendo la decadencia, por lo que toda la arquitectura de sus futurizaciones está marcada por esa condición. Aunque los blancos de Bunge no eran exclusiva ni principalmente los arios y anglosajones, sino los italianos, españoles y criollos (que, por cierto, los arios rechazaban)⁶, *Una nueva Argentina* alertaba que la raza blanca presente en Argentina se estaba reproduciendo cada vez menos:

Después de cuatro o cinco generaciones de desarrollo y bienestar progresivo, nos cuesta aceptar la realidad cruda de una muy cercana decadencia demográfica, de consecuencias tanto o más dramáticas que las que hace siglo y medio pasaron a ser lejanos recuerdos históricos. (Bunge, 1987, p. 26)

Decadencia, inminencia de una catástrofe y un poderoso y sombrío afecto de futuro: lo peor estaba por venir. El halo pesimista que da su tono al libro surge de una idea: no hay destino racial de grandeza, sino política racial que consuman o impiden la grandeza. Por ende, la blanquitud debía producirse a sí misma como poderosa. El riesgo de que no sucediera y adviniera la catástrofe poblacional y económica imprimía a las palabras de Bunge tonos de honda

⁵ Entre 1880 y 1935 habían ingresado al país 3 400 000 millones de inmigrantes, en su mayoría europeos, reestructurando la sociedad argentina en todos sus niveles. Un aspecto decisivo de ese fenómeno fue el proceso de “blanqueamiento” que distinguió a Argentina de otros países de la región. En palabras de George Reid Andrews (2016) en su “Epilogue: Whiteness and its discontents” –escrito para el libro *Rethinking Race in Modern Argentina* (Alberto y Elena, 2016)–, el elemento distintivo argentino fue que “en lugar de abrazar el mestizaje racial y las identidades mestizas celebradas por la mayoría de las naciones latinoamericanas (...) se creó una blanquitud amplia y abarcativa como norma nacional”.

⁶ Quizá esto explica el uso de “razas blancas” en algunos pasajes de la obra, por ejemplo, en la página 48.

preocupación, cuando no de resignación. *Una nueva Argentina*, en tanto diagnóstico, asumía la retórica de un ultimátum porque, de consumarse el declive biológico-social de los blancos, el país se precipitaría en un derrumbe en el que lo esperaba un “aspecto de la dramática selección social y biológica (...)”: la reproducción queda confinada a los sectores económicamente menos afortunados, culturalmente menos favorecidos y con frecuencia biológicamente menos selectos” (Bunge, 1987, p. 178). A diferencia del pensamiento evolucionista para el cual la supervivencia era la de los más aptos, Bunge veía una selección de lo peor. Y a diferencia de una mirada economicista de la crisis del modelo agroexportador, detectaba en la catástrofe racial una debacle económica que, espiralada y recursiva, acentuaba aquella debacle racial.

El triángulo de problemas que armaban la pobreza, la ignorancia y la debilidad genética producía una espiral de empeoramiento sociorracial cuyo opuesto era el triángulo virtuoso que formaban la riqueza, la educación y el vigor, ahora disolutos. La condición social reforzaba la condición biológica, que a su vez reforzaba la social. Si el “crisol de razas” había sido un objetivo y una política –educativa, sanitaria, económica– de blanqueamiento, Bunge quería mostrar que no se había logrado. Argentina no era un país racialmente homogéneo. Con esto, tal vez sin proponérselo, golpeaba al Mito de la Nación Blanca:

que aseguraba que el país era racialmente homogéneo (que en concreto quería decir sin negros, ni indios) y que a principios de siglo XX había calculado su población racializada como blanca alcanzando un inverosímil 98%, un porcentaje por encima de los países escandinavos. (Gordillo, 2020, p. 7)

En una suerte de contracara o balance de las discusiones político-académicas sobre población, inmigración y economía que se avivaron en torno al Centenario, Bunge construyó una futurización cara a los temores y pesadillas del biorracismo, sosteniendo que la raza blanca –a la que reconocía en cualquier eurodescendiente, a diferencia de las generaciones previas, las cuales habían establecido calidades diferentes– estaba desapareciendo. El devenir social estaba marcado por “un drama en dos actos” (Bunge, 1987, p. 27): el de tener más personas ancianas que económicamente activas y el de intentar posponer lo máximo posible el punto límite de la crisis civilizacional. El diagnóstico de Bunge articulaba procesos de racialización, modelos de país y futurizaciones.

Era 1940, “en un continente donde la conservación y la reproducción de las élites son esencialísimas” (Bunge, 1987, p. 56). Todo se había vuelto

problemático y decadente. Sosteniendo que “no son siempre muy nítidos los límites entre los problemas políticos y sociales, por una parte, y los demográficos y biológicos, por otra” (p. 25), Bunge echó mano de los instrumentos de investigación demográfica y de la sociología estadística para producir sus evidencias. La raza se cuantificaba, al igual que sus efectos. La imagen de la pirámide poblacional –cuya base se componían de las numerosas jóvenes generaciones y, a medida que se subía, se angostaba hasta llegar a una pequeña cantidad de ancianos– había sido la forma de la demografía argentina durante los cincuenta años previos a 1940: su crisis la estaba convirtiendo en “una urna funeraria” (Bunge 1987, p.76), compuesta de una base joven estrecha y una cima adulta ancha.

La hipótesis más promisoría era que “el país llegaría a tener 20 millones de habitantes alrededor de 1990” (Bunge, 1987, p. 34); la menos favorable “nos conducía a la conclusión inquietante de que la población habrá de crecer lentamente hasta el año 1960, alcanzando un máximo comprendido entre 14 y 15 millones, para descender más tarde quizá hasta unos 11,5 millones en 1990”. En ese proceso demográfico general tenía lugar el proceso específico que más preocupaba al autor: la tasa de natalidad blanca era mucho menor a la tasa de natalidad no blanca, lo cual propiciaba la desaparición de los blancos. La estadística demográfica como un reloj biológico isomórfico que mostraba el temible fin. Bunge dibujaba una futurización en la que Argentina acababa siendo un país desblanqueado, minúsculo en su poder poblacional y, por ende, débil en todos los órdenes.

La decadencia de la reproducción de seres humanos racializados como blancos era la decadencia de unas imágenes de futuro luminoso. El terreno que se perdía en el esquema genético era el de las posibilidades sociales. Porque el futuro era, en sí mismo, blanco. Era el Pueblo Elegido para que la historia se moviera. ¿Qué podía venir con “el creciente predominio numérico de los débiles corporales y mentales”? (Bunge, 1987, p. 42). La degradación demográfica –menos blancos– conllevaba la degradación moral –más vicios–. De no detenerse la degradación, la futurización era inapelable, profética: “la derrota colectiva y, quizá, la muerte” (p. 43).

El escenario catastrófico encerraba una especie de ironía de la historia. De acuerdo con Bunge (1987), el preocupante fenómeno demográfico no era simplemente biológico –el vigor genético no era lo que se debilitaba–, sino que era un fenómeno sociocultural emparentado con el triunfo de la raza blanca. La baja en la fecundidad era resultado de que “la civilización abre ante [el blanco] un campo completamente nuevo de oportunidades y responsabilidades” (p. 51).

Parafraseando a Freud (1978, p. 323), los blancos fracasaban cuando triunfaban. El debilitamiento del colectivo racial se debía al individualismo y a los deseos que la victoria de ese mismo colectivo inspiró. Los blancos de los años 30, herederos del esfuerzo, pero sobre todo del proyecto, de los blancos precedentes:

no han visto aún, en su afán uniforme de mejora material a toda costa, al precio hasta de la limitación de los hijos, que esto último los está empobreciendo en el orden material, en el orden moral y en la calidad de la raza. (Bunge, 1987, p. 42)

Resuena un viejo principio del determinismo ambientalista de la Antigüedad clásica, que quedó plasmado en *Aires, Aguas, Lugares*, de Hipócrates, y que para Benjamin Isaac (2004) obró como una longeva piedra de apoyo de las racializaciones y los racismos occidentales: “No existe ninguna tierra que produzca los mejores frutos y, al mismo tiempo, hombres buenos para la guerra” (p. 25). El riesgo de la comodidad era debilitar la fuerza, el esfuerzo, el vigor. Un juego paradójico: la capacidad de mejora de la raza y la realización de dicha mejora enriquecieron materialmente a los blancos, pero el uso dispendioso de esos logros los estaba eliminando como raza. Dicho en otros términos, para que exista una clase propietaria blanca deben existir blancos; pero el hecho que su poder económico haya mejorado, los pone en riesgo biológico. En este sentido, el racismo de Bunge es autocrítico. No del racismo, sino de sus objetivos. Bunge cuestionó determinadas futurizaciones racistas, no al racismo y sus futurizaciones (Gatto, 2021, p.4). Es por el futuro que Bunge puso en duda el gusto y la búsqueda de la comodidad, “de ambiciones triviales, de libertad para los halagos” (1987, p. 41). Esas imágenes de futuro –tan nimias, mezquinas, hedonistas– eran decisivas en la crisis de la natalidad blanca, pautas socioculturales racializadas como blancas que los estaban llevando a la desaparición. El consumo improductivo e individualista estaba aniquilando la empresa racial colectiva. En *Los años decisivos* –publicado en 1934–, Oswald Spengler (2017) afirmó que “la raza celtogermánica es la de más fuerte voluntad que jamás viera el mundo” (p. 25). Alejandro Bunge, en cambio, diagnosticó una suerte de derrota de la voluntad, o de una transformación para peor, una mutación decadente.

En la cima, los beneficiados de y por la blanquitud encontraban el límite, dejaban de reproducirse a la velocidad necesaria para continuar el paso ascendente que Bunge, sin dar explicaciones, afirmó que había comenzado en 1830. “La prosperidad fabulosa alcanzada en un siglo dependió en gran parte del enorme crecimiento de la raza blanca, y la crisis de 1929 coincide con la detención de ese crecimiento” (Bunge, 1987, p. 44). La prosperidad

debilitaba el vigor: por eso las clases/razas blancas, que no siempre eran acomodadas o superiores pero eran las únicas que podían serlo y tenían en sus manos “la empresa de crear esta formidable y compleja civilización y de sostenerla” (p. 45), tenían cada vez menos hijos.

La baja natalidad blanca, especialmente entre ricos, era la condición demográfica que funcionaba como componente clave de la futurización temida de Bunge: la desaparición. En la desnatalidad, la raza se revelaba como fenómeno poblacional y sexual, pero también económico, de clase y cultural (Roediger, 2017). Al ser un principio de vigor social y genético, el declive de la raza blanca era la imposibilidad de una clase alta (Gatto, 2021, p.4). Para colmo de males, la crisis de clase/raza dirigencial mostraba que podía terminar en liderazgos tiránicos de hombres que:

movidos unas veces por impulsos generosos, otras por ambiciones políticas y otras por satisfacciones de complejo origen, están apareciendo con demasiada frecuencia en este hemisferio occidental; hombres superiores que con métodos demagógicos se lanzan en la empresa de exacerbar a los sectores sociales peor dotados y les señalan con su índice a la élite usurpadora. (Bunge, 1987, p. 68)

De lo expresado por Bunge se deduce que esos hombres demagógicos, en tanto superiores, tenían por fuerza que ser blancos –¿Hipólito Yrigoyen? ¿Getulio Vargas? ¿Lázaro Cárdenas?– que se volvían contra otros blancos. Sin embargo, esta desblanquización no se daba por mestizaje, sino como resultado de una orientación a futuro de los propios blancos. Por eso, la decadencia no era inexorable, los blancos podían cambiar la tendencia y evitar un suicidio colectivo.

Mientras que en otros discursos –por ejemplo, el de José María Ramos Mejía– las masas aparecían como la alteridad peligrosa por violenta o improductiva (Gordillo, 2020, p.3), en *Una nueva Argentina* ese sector no es problematizado; no hay preocupaciones por su violencia, rebeldía o haraganería. Esta invisibilidad no es signo de irrelevancia, sino de exclusión del campo de las soluciones. No obstante, el problema del parásito social está presente en *Una nueva Argentina*, solo que en el par racial. Es otro blanco, cuya violencia no es la de destruir sino la de no producir, inclinandose por el consumo y el hedonismo. Resonaban aquí ciertas críticas de izquierda y nacionalistas, que consideraban a la oligarquía terrateniente un parásito estructural, depredador y vector de aculturación extranjerizante (Dolkart, 2001). Sin embargo, había una gran diferencia: Bunge definió el problema en términos no esenciales, sino de agotamiento histórico.

Este aspecto es importante para entender lo que podríamos denominar la historicidad de la blanquitud en Bunge. En este sentido, *Una nueva Argentina* puede leerse como una intervención programática realizada al interior de la clase dominante argentina, pero no empalmada sin más con sus intereses y formas, sino en términos de discusión estratégica y “pedagogía del consumo” (Pantaleón, 2004). Era una ética de la producción –no sólo del trabajo– opuesta a una estética del gasto. Las futurizaciones incluidas en el libro, y el libro como tal, brotaban de una autocrítica al sujeto colectivo –la clase blanca dominante– hecha por un individuo que participaba de dicha clase e identificación racializada. Eran tensiones intraélites. Elites blancas. En ese escenario, Bunge consideró que lo que hacía falta era una nueva orientación política y económica de la blanquitud.

Una nueva Argentina: ¿un racismo posliberal?

“Se ha dicho que no es digno de acción directiva quien no es capaz de mirar no sólo el pasado y el presente, sino también cuarenta años adelante”

Alejandro Bunge. Una nueva Argentina (1987)

Desde los años 20 se venían dando un conjunto de cambios –lo que impide pensar el asunto en términos de imprevisto o sorpresa– que se intensificaron con la crisis económica internacional a partir de 1929, la cual “hará desaparecer el ideal liberal de progreso indefinido que había guiado al país en sus últimos años” (Caravaca, 2005, p. 8). En esa coyuntura, como afirmó Rozengardt (2013), “Bunge transitó el período con activos y modernos planteos acerca de lo que se debía hacer para el mejor desenvolvimiento del país” (p. 3). Esta inclinación por la renovación estratégica –combinada con la crisis de la visión de futuro del ideal liberal entre 1880 y 1920– provocó que el discurso racista de Bunge de mediados de siglo XX no fuera idéntico al de finales del siglo XIX.

Una nueva Argentina (1987) fue escrito en un país y un mundo diferentes al de finales del siglo XIX. La crisis de las instituciones republicanas se mezcló con el declive de las exportaciones primarias; la estructuración de un mercado de consumo masivo interno más complejo y diversificado; mayor presencia de capitales norteamericanos; instituciones educativas que incluían a millones de estudiantes; enormes disparidades entre las grandes ciudades y el resto del país; la reconfiguración del espectro político partidario y la consolidación de representaciones sectoriales y corporativas como interlocutoras del Estado (Reyes, 2020). En palabras de Hora (2020), este panorama “despejó el camino para la formulación de un nuevo

horizonte a partir del cual desplegar las aspiraciones de bienestar de las mayorías: la nueva nación crecida al calor de la sustitución de importaciones y el proteccionismo industrial” (p. 13).

En la formulación de los horizontes industriales parece haber existido también otras preocupaciones, que, al menos en parte, ordenaban las ideas de Bunge en *Una nueva Argentina* y que podrían sintetizarse en estas preguntas: ¿Qué pasaría con la blanquitud si el ocaso del exitoso modelo agroexportador no venía reemplazado por un nuevo proyecto de las élites blancas? ¿En qué consistía ese nuevo proyecto económico, social y racial? De las respuestas que recibieran dependía esa nueva Argentina.

Reconociendo la historicidad y la plasticidad relativas del discurso racista es posible ver el libro de Bunge como un punto de condensación de lo que González Bollo (2004) definió como “un proyecto de tinte nacionalista, conservador y perfeccionista moral, que trataba de reencauzar la sociedad aluvial (...)” (p. 61). Ese perfeccionamiento moral era también un reacomodo racial y racista. Si la crisis del modelo agroexportador era una crisis de múltiples dimensiones –productiva (había que modificar la matriz), de consumo (había que redireccionar recursos) y racial (había que renovar el proyecto civilizacional)– podría decirse que la definición de “blanco” de Bunge era la de aquel sujeto que, por características genéticas, era el único en condiciones de elaborar un proyecto, una futurización capitalista exitosa.

En su *Ensayo sobre las desigualdades entre las razas humanas*, Joseph Gobineau (1884) había pronosticado el final de la civilización para el año 6850, cuando la mezcla racial hubiera hecho desaparecer a los blancos (Biddiss, 1966, p. 257). Con ellos se habría ido la posibilidad de una dirigencia racional, enérgica e inteligente de los asuntos del mundo. La raza aria pura originaria podía vincularse con otras razas –negras y amarillas–, pero siempre en función dominante; y aunque el mestizaje fuera inevitable, sus grados habían sido lo suficientemente bajos como para dar a los blancos algunos siglos de gobierno del mundo.⁷

Numerosas investigaciones sociodemográficas que planteaban preocupaciones sobre la reproducción de las poblaciones europeas y eurodescendientes –entre ellas, las del economista alemán de izquierdas Robert Kuczynski (1928; 1936); del militar ruso aristócrata Roderich Von Ungern-Sternberg (1931); del biólogo, médico, eugenista y premio Nobel francés Alexis Carrel (1935); del demógrafo estadounidense Warren

⁷ No he podido establecer si Bunge leyó el ensayo de Gobineau, pero es posible afirmar que entre sus lecturas figuraban títulos que seguían la estela del conde francés: obras contemporáneas que muestran un Bunge actualizado en la bibliografía académica occidental.

Thompson (1942); y del biólogo estadounidense Raymond Pearl (1939)—dieron a Bunge elementos para diseñar un final diferente al de Gobineau. La decadencia no era una futurización destinal, sino que podía interrumpirse si se propiciaba una purificación y se organizaba al mundo a partir del núcleo blanco mantenido a distancia del riesgo de mestizaje.

Ese parece ser, sin la narrativa expansionista y exterminadora del nazismo, el camino tomado por Bunge. Si para su hermano mayor, Carlos Octavio, “la consigna alberdiana ‘gobernar es poblar’ derivaba en ‘gobernar es educar’” (García Fanlo, 2010, p. 14), *Una nueva Argentina* volvía sobre el tópico demográfico para postular un diagnóstico crítico y una salida posible. Gobernar ya no sería poblar —a secas— ni educar, sino incidir en las pautas demográfico raciales a partir de la renovación de las orientaciones político-económicas. La raza blanca no estaba atada a una única expresión histórica de su superioridad. En cambio, debía mutar su política para mantener su gobierno:

Todo el vigor de la raza, del patriotismo de los hombres superiores y de la abnegación del espíritu cristiano, debe volcarse desde ahora para reinstaurar cuanto antes el concepto de la bendición de los hijos y de las familias numerosas, en particular entre las clases más acomodadas. (Bunge, 1987, p. 137)

Ese vigor, como puede leerse, no pertenece exclusivamente a las clases acomodadas, sino a todo el espectro blanco, que incluía a los descendientes de las migraciones de finales del XIX y principios del XX. La reproducción sexual —elemento decisivo de cualquier “política de la raza” (Schaub, 2020, p. 5)— se propiciaba como endogamia racializada. La natalidad endogámica es la condición necesaria, aunque no suficiente, para relanzar el proyecto de país. La demografía era una herramienta de “corrección de las conductas desviadas” (Schaub, 2020, p. 8); desviaciones que, en el caso de *Una nueva Argentina*, no refieren a los racialmente inferiores sino a los dominantes.

Como vimos en el apartado anterior, el llamado de Bunge era a anteponer el interés racial colectivo a la propiedad económica y el consumo individual, y para eso era necesaria una mutación política que garantizara una constancia biológica (Wade, 2002). En la medida en que extremar la doctrina hereditaria sería quitar eficacia a la obra de mejora por el ambiente, Bunge —de quien se diría que entendió a la genética como una posibilidad y no como un destino— desarrolló un proyecto racista específico, diferente al que había gobernado el país hasta entonces. En este sentido, *Una nueva Argentina* es la consumación del hecho de instaurar una nueva futurización blanca; además, formó parte de la producción política e intelectual “que

sostenía que el ciclo agroexportador pampeano extensivo, dominado por la gran propiedad agraria, con inmigración europea golondrina de baja calificación laboral e inversión pública volcada en la infraestructura agraria, había quedado irremediablemente agotado” (González Bollo, 2004, p. 62).

Hacia 1935, la caída del valor de las exportaciones de bienes primarios era una condición irreversible, pues se trataba de una consecuencia de la crisis económica en curso (Gerchunoff y Rapetti, 2016). Los años 1935-1937 mostraron un crecimiento industrial equivalente al de los 20 años previos tomados en conjunto (Murmis y Portantiero, 1971). Esta situación significó el empoderamiento de los procesos de sustitución de importaciones industriales que habían comenzado en los años 20, sobre todo en sectores de consumo interno masivo (Diamand, 1983; Reyes, 2020). En esa coyuntura de discusiones y tensiones sectoriales sobre las orientaciones de la economía argentina en un mundo que ya no se organizaba bajo criterios liberales, Bunge tomó un camino poco transitado: el de la solidaridad racial como amalgama de la diversidad de intereses de clases. Integrante de una familia que podía mostrar cartas de blanquitud y adscripción territorial que la diferenciaban de los blancos de la migración de finales de XIX y principios del XX, Bunge fue un blanco que podía hablar a las generaciones migrantes posteriores con la autoridad racial de un descendiente de alemanes que, para el momento de lanzamiento de *Una nueva Argentina*, remontaban su presencia a un siglo en un país que apenas tenía 130 años.

Contra ese horizonte de decadencia del “sueño argentino” –que para una parte de la clase dirigente y los sectores populares ya no olía a progreso positivista y liberal–, el proyecto de *Una nueva Argentina* buscaría hacer pie, dado que parecía conservar el positivismo y desechar lo liberal, al tiempo que reestructurar la propiedad y la producción agropecuaria –a través de la multiplicación de propietarios y de la productividad– e intensificar la producción industrial por medio de políticas de fomento y medidas proteccionistas en materia arancelaria (Rozengardt, 2013). De acuerdo con Dolkart (2001), los conservadores liberales sentían que “el golpe de Estado [de 1930] era un símbolo del retorno a la edad dorada de la armonía nacional previa al ascenso del radicalismo” (p. 156), por lo que les cabría la definición de *retrotópicos*⁸, en tanto pugnaban por un futuro que consistía en un pasado idealizado, liberado de sus ambivalencias y tensiones. Bunge se distanció de esa retrotopía liberal y se alineó con los nacionalistas que reivindicaban el golpe de Uriburu como “un cambio radical, un avance

⁸ Esta definición es una derivación a partir de la propuesta de “retrotopía” de Zygmunt Bauman en *Retrotopía* (2017), según la cual existen modos de anhelo y proyección que remiten al pasado. La *retrotopía* sería el modo específico de proyección a partir de la idealización de una situación previa efectivamente acaecida.

hacia un nuevo y todavía indefinido Estado argentino” (p. 158). Ese sesgo fundacional se expresa en *Una nueva Argentina* como un barajar y dar de nuevo para la élite blanca, en un escenario a todo o nada.

Respecto del sentido de esta disyuntiva absoluta puede decirse algo más. En su libro sobre los orígenes del peronismo, Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero (1971) sostuvieron que hacia 1938 “era más advertible que la política [del gobierno] incluía la aceptación del crecimiento industrial” (p. 34). Las investigaciones de las décadas siguientes confirmaron la hipótesis. ¿Qué fue, pues, lo que impulsó a Bunge a escribir su apología de la industrialización dando a entender otro escenario vigente? Si *Una nueva Argentina* tenía un aire de ultimátum que no parece condecirse con las tendencias económicas en curso, ¿qué explicación dar de ese desacople? ¿Y qué relación podría tener dicho desacople con los elementos racializantes y racistas que estructuran la obra? Quizá una respuesta posible radique no en la tendencia misma –difícilmente un asesor de la UIA no estuviera al tanto de las novedades industriales⁹–, sino en su velocidad. Bunge proponía acelerar antes que fuera demasiado tarde para reconstruir el control blanco.

El horizonte demográfico catastrófico se avecinaba a una velocidad que era inversamente proporcional a la de la industrialización. Apurar esta última era empujar el horizonte un poco más allá. El progreso ya no era un ritmo acumulativo inevitable e interminable. Ahora el progreso era un resultado posible, un futuro que parecía emerger de una carrera contrarreloj, una carrera irremediamente perdida. En ese escenario Bunge quiso reinventar un destino para la raza blanca: ya no el de crear la nación –como Sarmiento–, sino el de salvarla. “Será difícil el éxito si no surge un ideal esforzado, un concepto cristiano de familia y una identificación vigorosa con los supremos intereses de la nación y de la raza” (Bunge, 1987, p. 75). ¿Cuáles son esos intereses? Los de la industrialización nacional: que la producción supere al consumo, que el Estado planifique, construya infraestructura y vivienda, implemente planes de matrimonios y nacimientos, reoriente la inversión pública al interior del país, arancele las importaciones.

Bunge recurrió a una metáfora arquitectónica para dibujar el país pretendido (Gatto, 2021, p. 5). Esa arquitectura neoclásica que definió la Argentina agroexportadora le sirvió para figurar su programa: si durante las décadas

⁹ El capítulo X se abre con la siguiente afirmación: “A partir de 1914 y en particular desde 1931, la producción argentina se hace cada año más diversa y aumento el grado de elaboración” (Bunge, 1987, p. 219).

previas “los salones a la calle” —el modelo agroexportador y la situación económica de las clases acomodadas— fueron el centro de la escena, ahora la atención debía enfocarse en las “miseras dependencias de su interior” (Bunge, 1987, p. 112). Este cambio permitiría —y sería posible gracias a— el desarrollo de una industria manufacturera nacional “como base de la modernización de la economía y de las pautas de conducta de las clases sociales, y la modernización del Estado” (González Bollo, 2004, p. 62).

A propósito de ello, Bunge estaba convencido de que no habría nación futura sin industria, como tampoco habría nación ni industria sin el gobierno de los blancos, que inventaron el capitalismo y son los únicos capaces de propiciar su continuidad. Así, la industrialización del país tiene esa salvación racial entre sus objetivos fundamentales. Para seguir siendo blanca, la Argentina tenía que abandonar su modelo liberal. Un planteo que tal vez explique más profundamente las apuestas corporativistas de Bunge y su compromiso con el gobierno dictatorial de Urriburu (González Bollo, 2004, p. 66).

La coproducción de la nación argentina y la raza blanca está mediada y habilitada por la industria moderna, articulando imperativos económicos, técnicos, morales y raciales. Tal vez un rasgo distintivo de este proyecto industrial nacional racista es que, a diferencia de otros proyectos del momento —como las propuestas del gobierno de Justo, la Unión Industrial Argentina o el Plan Pinedo—, no se preocupaba solamente por acomodar al país en una nueva división internacional del trabajo, sino que buscaba construir un país mucho más autosuficiente del mercado mundial en nombre de la blancura europea; fortalecer económicamente un territorio particular en pos de un sujeto “universal”. En este contexto, la división del trabajo decimonónica y el mercado mundial perdían centralidad, por lo que el proyecto consistía en sustraerse de esa misma división en beneficio de aquello que la había configurado (Gatto 2021, p. 4).

La propuesta de Bunge (1987) consistía en pasar de “estancieros e importadores” a “granjeros e industriales” (p. 50), y achicar los latifundios para agrandar la nación industrial. La futurización blanca ya no era la futurización blanca de antaño. ¿Cambiable la definición de “blancos” o “raza blanca”? No, si la definición apunta al fenotipo; sí, si se trata de los recursos cognitivos y el proyecto político. Y nuevamente no, si se entiende lo blanco como capacidad de lo nuevo y la iniciativa. El vigor blanco ha de cambiar su objeto, volverse planificador.

El impulso a planificar fue un elemento decisivo de la propuesta de *Una nueva Argentina*, el cual se expresó como una mirada del Estado que dejaba de verlo

como un testigo más o menos incómodo o garante de la libre competencia, para entenderlo como protagonista de procesos de transformación (Caravaca, 2005). La trama de problemas y tópicos abordables por el Estado se revela en un posible índice temático de *Una nueva Argentina*: el poder político, las formas de organización social, la blanquitud, la reproducción sexual y el matrimonio, las posibilidades de las tecnologías, la planificación territorial, el destino nacional, entre otros. El Estado se convertía en vector de soluciones, por lo que podría decirse que Bunge ayudó a establecer un nuevo vínculo entre aquel y las futurizaciones: en el futuro deseado –y para que pudiera darse ese futuro–, el Estado debía ser una fuerza organizadora. Para que los blancos tuvieran futuro, debía haber Estado. Imperativo político, imperativo de futurización.

Es ahí donde, si no se abría, al menos se consolidaba una lectura posliberal de las funciones del Estado, que ya no se limitaba a existir como acompañante de la inserción argentina en el mercado mundial (Caravaca, 2005). Bunge no se restringió a proponer un nuevo Estado y una nueva política económica –industrial, proteccionista, mercado internista–, que es lo que suele subrayarse de su legado y que ocupa la segunda parte de *Una nueva Argentina*, sino también un nuevo proyecto racial. La primera parte del libro, dedicada a “los problemas de la población” –tasas de natalidad y mortalidad, distribución geográfica, envejecimiento, mortalidad infantil, urbanización, nacimientos extramatrimoniales–, se abre con el capítulo titulado “Esplendor y decadencia de la raza blanca”, que no solo es el primero, sino que con sus 34 páginas casi duplica al segundo capítulo más largo de esa primera parte –20 páginas–, revelando así su importancia.

En esa *Nueva Argentina*, el Estado, la Economía y la Raza blanca se reformulaban y articulaban para garantizar el éxito de cada una de esas entidades, cuyo conjunto define el sentido de Nación del economista. El Estado no era un simple instrumento de los dominadores para organizar la dominación, sino que era, en sí mismo, un instrumento para organizar a los dominantes. Podríamos hablar entonces de un racismo posliberal en tanto discurso que tomó forma en el interregno entre la crisis del orden liberal y el peronismo, en un contexto de transformaciones políticas, institucionales, económicas y sociales. También posliberal, porque ahora la supervivencia de la raza blanca dependía de desenganchar la economía argentina del mercado mundial en su forma adquirida a lo largo del siglo XIX. En ese sentido, el discurso de Bunge no replica el racismo previo, al tiempo que mantiene un discurso supremacista explícito, difícil de sostener después de 1945 –el 45 argentino y el 45 mundial–¹⁰.

¹⁰ Queda para otro trabajo una caracterización más general de ese racismo y sus futurizaciones en Argentina.

¿Qué pasaba con los demás pobladores? Los mezclados, los indios, los negros eran objetos o sujetos de la antihistoria, inmóviles. Pero en *Una nueva Argentina* no hay discursos segregacionistas ni de posiciones exterminadoras; al contrario, el libro ofrece políticas para esas poblaciones. La segunda parte del libro, titulada “Economía y política económica”, está compuesta por un minucioso análisis de las situaciones y los desequilibrios económicos, regionales, educativos y sociales, así como por reflexiones sobre las novedades que trajeron aparejadas las guerras mundiales y la crisis económica de 1929. Estas cuestiones dan cuenta de una preocupación por la integración jerarquizada de las clases sociales/raciales¹¹.

Convencido de que “la democracia se salvará si evoluciona” (Bunge, 1987, p. 87), y de que esa evolución depende del modelo económico más que de la ampliación de la representación política, Bunge es claro: los subalternos no pueden hablar. Su apoyo a la dictadura de Uriburu y su condena del gobierno radical de Yrigoyen –parte de esos “blancos demagogos” ya mencionados– ilustran su aversión a la participación democrática popular. Los no-blancos no tienen nada para decir; las series cuantitativas y estadísticas¹² no se empalman nunca con indagaciones etnográficas o antropológicas, salvo la observación de pautas conductuales. No tienen, tampoco, iniciativa. Era la blanquitud la que quedaba soldada a la posibilidad de cambio y a su definición.

La disyunción temporal que Bhabha (2002) identificó como rasgo característico de los procesos de racialización se expresaba como una temporalidad racista en la que las diferentes partes de lo social son cronopartes –blancos avanzados y el resto retrasados– que forjan un “imperialismo cronológico” (Galtung, 2004). Tal como sostuvo de Imaz (1974), Bunge “no era capaz de pensar el conflicto social y daba por supuestas las jerarquías sociales y naturales” (p. 5). Se podría agregar que esa suposición se apoyaba en una naturalización de las jerarquías sociales, la cual le hacía afirmar que, para que Argentina fuera posible, debía haber un sujeto de la historia que no era el proletariado ni el pueblo de Dios ni el pueblo en armas, eran los blancos.

Palabras finales

La primera parte de este artículo presentó elementos teóricos e históricos para proponer la existencia un vínculo de coproducción entre racializaciones

¹¹ De acuerdo con Rozengardt (2013), “Sus posturas racistas y antidemocráticas no pueden ser obviadas, así como tampoco que propició medidas para las familias humildes, orientadas a solucionar temas de vivienda, implementar su sistema de asignaciones familiares o eliminar el analfabetismo”. Tan solo agregaría que la obra de Bunge nos presenta el desafío de evitar oponer racismo a políticas sociales, para entender de qué modo se combinan esos elementos.

¹² Bunge fue el primer economista argentino que midió el costo de vida.

y futurizaciones, de forma tal que determinadas nociones racializantes se corresponden con ciertas imágenes de futuro, y viceversa. La segunda parte del artículo intentó caracterizar esa relación en *Una nueva Argentina* (1987), de Alejandro Bunge, donde se exponen elementos económicos, demográficos y de política estatal en diálogo con expectativas, pronósticos, proyectos y visiones racializadas, con las cuales buscaba incidir sobre el futuro del país.

Una de las razones básicas de las estadísticas –desde su emergencia como instrumento de gobierno– ha sido ser un insumo proyectivo. Ese fue el uso que Bunge les dio a dichas razones. De allí que de Imaz (1974) haya resaltado su “capacidad anticipatoria” (p. 2). Independientemente del acierto o el error en el uso de esa capacidad, *Una nueva Argentina* constituyó un intento de propiciar decisiones políticas a través de la producción de escenarios futuros, basadas en estadísticas racializadas sobre la vida económica y demográfica del país. En esas imágenes y sentidos que referían al futuro –a las que denomino futurizaciones–, la raza blanca operaba como un elemento clave en la anticipación y proyección.

Los modos específicos en que raza y futuro se organizan en *Una nueva Argentina* permiten dar luz sobre las maneras en que los discursos raciales se reconfiguraron en los años iniciales de la Argentina posliberal, a partir de la obra de un investigador relevante del período, quien racializó las imágenes de futuro y futurizó las racializaciones. Esa reconfiguración permite detectar el elemento racista en nuevos discursos políticos y económicos del período –como el nacionalismo conservador industrialista–, posibilitando la comprensión de un modo específico de articulación entre discursos racializantes y orientaciones e imaginarios de futuro en una Argentina que estaba experimentando transformaciones significativas.

La específica centralidad de lo racial explica también la distancia que Bunge estableció tanto del conservadurismo liberal –que añoraba el país del 1900– como del criollismo antioligárquico del nacionalismo de los años 30. A unos y otros les ofreció la posibilidad de una continuidad y un cambio: la supervivencia y la salvación de la raza blanca. Ni retroutópico ni criollista, Bunge, el antisocialista, imaginó un orden racializado de base industrial.

Luego de 43 años de la publicación de *Una nueva Argentina*, Marcelo Diamand (1972), ingeniero y pensador de la economía argentina, escribió: “Una ventaja comparativa industrial no se debe a una dotación genética favorables de ciertos pueblos” (p. 4). Esta afirmación hubiera sido impensable para Bunge, quien entendía que el oscurecimiento de la población equivalía a la decadencia social. Entre la obra de este último y la de Diamand habían

tenido lugar procesos de industrialización plagados de tensiones, proscripciones, programas revolucionarios y genocidios. Siguiendo a Schaub (2020), Hall (2020) y Wade (2002), los efectos de la Segunda Guerra Mundial propiciaron el abandono de las epistemologías racistas en las ciencias sociales y las humanidades, no así de los temas y tópicos raciales como objetos de investigación –muchos de los cuales se desplazaron hacia el debate en torno a la etnia– ni tampoco de los marcos teóricos racializantes.

El libro de Bunge se sitúa en la frontera de ese cambio, ostentando ideas que poco después serían abandonadas, criticadas y legisladas como delitos, y cuya persistencia se daría por canales menos públicos y visibles. A diferencia del mundo posterior a 1950, el mundo de Alejandro Bunge no tuvo una blanquitud invisible, transparente o inasible, más bien fue un mundo de blanquitud hipervisible. El contraste con la situación actual sirve para entender que las racializaciones no son fijaciones permanentes en una determinada imagen, sino mejor un principio de fijación y gestión de los cambios. Se trata de un principio que sigue activo, como se puede detectar en la actual expansión de los discursos supremacistas y en los racismos organizados a partir del temor al “Gran reemplazo”, que vuelven a traer a la demografía y sus proyecciones al centro de la escena racista. Por ello, interrogar la historia de los procesos de racialización, así como sus efectos en los modos de orientación a futuro y los proyectos políticos, es una operación clave para descolonizar nuestro vínculo con el futuro y las posibilidades por venir.

Referencias

- Adamovsky, E. (2013). La dimensión étnico-racial de las identidades de clase en la Argentina. El caso de Cipriano Reyes y una hipótesis sobre la “negritud” no diaspórica. En F. Guzmán y L. Geler (Eds.), *Cartografías afrolatinoamericanas: perspectivas situadas para análisis transfronterizos* (pp. 87-112). Buenos Aires: Biblos.
- Alberto, P. y Elena, E. (2016). *Rethinking Race in Modern Argentina*. New York: Cambridge University Press.
- Andrews, G. R. (2016). Epilogue: Whiteness and its discontents. En P. Alberto y E. Elena (Eds.), *Rethinking Race in Modern Argentina* (pp. 318-326). New York: Cambridge University Press.
- Araya, D. (2016). El sistema nacional de economía política (1840) para una nueva Argentina (1940): Friedrich List en Alejandro E. Bunge. *Cuestiones de Sociología*, 15, pp. 1-23.
- Arias, J. y Restrepo, E. (2010). Historizando la raza: propuestas conceptuales y metodológicas. *Emancipación y crítica*, 3, pp. 45-64.

- Asiain, A. (2014). Alejandro Bunge (1880-1943). Un conservador defensor de la independencia y la soberanía nacional. *Ciclos en la Historia, la Economía y la Sociedad*, 42.
- Bacolla, N. (2007). Intelectuales y crisis. Lecturas de la crisis de 1930 en la Revista de Economía Argentina. *XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán.
- Bacolla, N. (2020). Una economía política para la “República Verdadera”. La Revista de Economía Argentina en los años 1930. *Estudios sociales: Revista Universitaria Semestral*, 58(1), pp. 31-60.
- Bauman, Z. (2017). *Retrotopía*. Buenos Aires: Paidós.
- Bhabha, H. (2002). *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Manantial.
- Biddiss, M. (1966). Gobineau and the Origins of European Racism. *Race*, 7(3), pp. 255-270.
- Bunge, A. (1939). Nuestra inesperada y prematura madurez. *Revista de Economía Argentina*, 251(38), pp. 12-19.
- Bunge, A. (1938). El drama demográfico de un país joven. *Revista de Economía Argentina*, 245(38), pp. 43-59.
- Bunge, A. (1934). Un privilegio argentino que tiende a desaparecer. Decece el aumento anual de la población. *Revista de Economía Argentina*, 192(32), pp. 8-18.
- Bunge, A. (1987). *Una nueva Argentina*. Buenos Aires: Editorial Hispamérica.
- Bunge, C. O. (1910). *Nuestra Patria. Libro de lectura para la educación nacional*. Buenos Aires: Estrada.
- Bunge, C. O. (1994). *Nuestra América: ensayos de psicología social*. Buenos Aires: Secretaría de Cultura de la Nación.
- Caravaca, J. (2005). Los economistas y el nuevo estado argentino en la década del '30. *X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*. Universidad Nacional del Rosario.
- Caravaca, J. y Plotkin, M. (2007). Crisis, ciencias sociales y elites estatales: la constitución del campo de los economistas estatales en la Argentina, 1910-1935. *Desarrollo Económico*, 187(47), pp. 401-428.
- Carrel, A. (1935). *Man, the Unknown*. Washington: Halcyon House.
- Cohn, N. (2019). *The pursuit of millennium: revolutionary millenarians and mystical anarchists of the Middle Ages*. Londres: Vintage Digital.
- De Imaz, J. L. (6 de julio de 1974). *Alejandro E. Bunge, Economista y sociólogo (1880-1940)*. XI Congreso Latinoamericano de Sociología, San José, Costa Rica.
- Diamand, M. (1972). La estructura productiva desequilibrada argentina y el tipo de cambio. *Desarrollo Económico*, 45(12), pp. 1-25.

- Diamand, M. (1983). *El péndulo argentino: ¿Hasta cuándo?* Conferencia sobre Medidas de Cambio Político Económico en América Latina, Buenos Aires, Argentina.
- Dolkart, R. (2001). La derecha durante la década infame, 1930-1943. En D. Rock, *La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales*. Buenos Aires: Ediciones B.
- Dosse, F. (2004). *La historia: conceptos y escrituras*. Buenos Aires: Nueva visión.
- Fanon, F. (2009). *Piel negra, máscaras blancas*. Madrid: Akal.
- Freud, S. (1978). Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico. *Obras completas*. vol. XIV. Madrid: Amorrortu Editores.
- Foucault, M. (2014a). *Defender la sociedad: curso en el Collège de France*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2014b). *Seguridad, territorio, población: curso en el Collège de France*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Galtung, J. (2004). *Transcend and Transform: An Introduction to Conflict Work*. London: Pluto.
- García Fanlo, L. (2010). *Genealogía de la argentinidad*. Buenos Aires: Gran Aldea.
- García Haymes, M. (mayo de 2011). La familia Bunge: modernos y segundos en las clases altas porteñas del '900. *III Jornadas Nacionales de Historia Social*, 25. http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.9764/ev.9764.pdf
- Gatto, E. (2018). *Futuridades. Ensayos sobre política posutópica*. Rosario: Casagrande.
- Gatto, E. (sep. 6, 2021). Todo el poder a los blancos. *Crisis*, Disponible en: <https://revistacrisis.com.ar/notas/todo-el-poder-los-blancos>
- Gerchunoff, P. y Rapetti, M. (2016). La economía argentina y su conflicto distributivo estructural (1930-2015). *El trimestre económico*, 330(83), pp. 225-272.
- Gobineau, J. (1884). *Essai sur l'inégalité des races humaines*. Québec: Firmin-Didot.
- González Bollo, H. (2004). Alejandro Ernesto Bunge: ideas, proyectos y programas para la Argentina post-liberal (1913-1943). *Valores en la Sociedad Industrial*, 61, pp. 61-74.
- González Bollo, H. (2012). *La teodicea estadística de Alejandro E. Bunge (1880-1943)*. Buenos Aires: Editorial Imago Mundi.
- Gordillo, G. (2020). Se viene el malón. Las geografías afectivas del racismo argentino. *Cuadernos de Antropología Social*, 52, pp. 7-35.

- Hall, S. (2020). *El triángulo funesto. Raza, etnia, nación*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Hartog, F. (2007). *Regímenes de historicidad: presentismo y experiencias del tiempo*. México: Universidad Iberoamericana.
- Hölscher, L. (2014). *El descubrimiento del futuro*. Madrid: Siglo XXI.
- Hora, R. (2020). ¿Qué es y qué quiere el campo argentino? *Nueva Sociedad*, 287, pp. 11-22.
- Isaac, B. (2004). *The Invention of Racism in Classical Antiquity*. New Jersey: Princeton UP.
- Jameson, F. (2009). *Arqueologías del futuro*. Madrid: Akal.
- Koselleck, R. (1993). *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós.
- Koselleck, R. (2003). *Aceleración, prognosis y secularización*. Valencia: Pre-Textos.
- Kuczynski, R. (1928). *The Balance of Births and Deaths*. New York: Macmillan.
- Kuczynski, R. (1936). *Populations Movements*. Oxford: Clarendon P.
- Leroi-Gourhan, A. (1988). *El hombre y la materia. Evolución y técnica, I*. Madrid: Taurus.
- Llach, J. J. (2004). Alejandro Bunge, la Revista de Economía Argentina y los orígenes del estancamiento económico argentino. *Cultura económica*, 59, pp. 51-65.
- Martínez, C. (2019). Explorar el futuro. Transformaciones espacio-temporales de los relatos utópicos. *Nueva Sociedad*, 283, pp. 66-74.
- Moynihan, T. (2020). *X-Risk: How Humanity Discovered its own Extinction*. London: Falmouth Urbanomic.
- Murmis, M. y Portantiero, J. C. (1971). *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Pantaleón, J. (2004). El surgimiento de la nueva economía argentina: el caso Bunge. En F. Neiburg y M. Ben Plotkin (Eds.), *Intelectuales y expertos: la constitución del conocimiento social en Argentina* (pp. 175-201). Buenos Aires: Paidós.
- Pearl, R. (1939). *The Natural History of Population*. Oxford: Oxford UP.
- Polak, F. (1973). *The Imagen of Future*. New York: Elsevier.
- Polanyi, K. (2007). *La gran transformación: crítica del liberalismo económico*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Quijano, A. (2014). *Cuestiones y horizontes*. Buenos Aires: CLACSO.
- Reyes, F. (13 de noviembre de 2020). La historia y las ideas: entrevista a Roy Hora. *La vanguardia*. <http://www.lavanguardiadigital.com.ar/index.php/2020/11/13/la-historia-y-las-ideas-entrevista-a-roy-hora-2/>
- Robinson, C. (2000). *Black Marxism: The Making of the Black Radical Tradition*. Chapel Hill: U of North Carolina P.
- Roediger, D. (2017). *Class, Race and Marxism*. London: Verso Books.
- Rozengardt, D. (ago. de 2013). Alejandro Bunge: ¿intelectual orgánico o agorero de un modelo en decadencia? El pensamiento económico argentino en la transición entre modos de acumulación. *XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*. <https://cda.aacademica.org/000-010/455>
- Said, E. (2009). *Orientalismo*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Sarmiento, D. (1883). *Conflicto y Armonías de las Razas en América*. Buenos Aires: S. Ostwald.
- Schaub, J. (2020). *Para una historia política de la raza*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Simondon, G. (2009). *La individuación a la luz de las nociones de materia e información*. Buenos Aires: Editorial Cactus.
- Spengler, O. (2017). *Los años decisivos*. Madrid: Ediciones Insólitas.
- Spinoza, B. (2000). *La Ética explicada según el orden geométrico*. Madrid: Trotta.
- Stoler, A. (1995). *Race and the Education of Desire. Foucault's History of Sexuality and the Colonial Order of Things*. Chapel Hill: Duke UP.
- Thompson, W. (1942). *Population Problems*. New York: McGraw-Hill.
- Todorov, T. (1982). *La conquista de América*. El problema del otro. México: Siglo XXI.
- Villanueva, J. (2010). Alejandro Bunge: una visión de la Argentina. *Cultura Económica*, 28(77-78), pp. 73-77.
- Von Ungern-Sternberg, R. (1931). *The causes of the Decline in the Birth Rate within the European Sphere of Civilization*. Eugenics Research Association.
- Wade, P. (2002). *Race, Nature and Culture. An Anthropological Perspective*. London: Pluto P.
- Wasserman, F. (2020). *Tiempos críticos. Historia, revolución y temporalidad en el mundo iberoamericano (siglos XVIII y XIX)*. Buenos Aires: Prometeo.
- Whitten, N. J. (2007). The Longue Durée of Racial Fixity and the Transformative Conjunctures of Racial Blending. *Journal of Latin American and Caribbean Anthropology*, 12(2), pp. 356-383.
- Winant, H., Omi, M. (2015) *Racial Formation in the United States*. New York: Routledge.